

KATE THOMPSON

LA

BIBLIOTECA
DE LAS LECTORAS
VALIENTES

Traducción de:

ANA ISABEL SÁNCHEZ DÍEZ

EMBOLSILLO

*A las amigas del East End que han pasado a mejor vida.
Las salpicaduras de sol en la sombra.
Trish. Minsky. Dot. Jessie. Ann.*

*Gracias a todos los empleados de las bibliotecas,
pasados y presentes,
con quienes tantas horas instructivas he pasado charlando.
No son solo bibliófilos, también aman a las personas.*

*Y, por último, a las chicas de mi propio club de lectura,
que transformaron el 2020. Besos.*

Prólogo

7 de septiembre de 2020

«La gente viene a la biblioteca para encontrarle
sentido al mundo.»

CAROL STUMP,
presidenta de Libraries Connected y
bibliotecaria jefe del distrito de Kirklees

UNA ANCIANA RECORRE el andén que se dirige hacia el oeste en la estación de metro de Bethnal Green; camina con pasos lentos y dolorosos por culpa de la artritis.

—Mamá, ¿por qué no nos vamos? —pregunta Miranda, su hija mayor, intentando disimular su enfado. Está pendiente de que el repartidor del supermercado le entregue un pedido y se muere de ganas de tomarse un café—. No tendríamos que usar el transporte público, estamos en plena pandemia.

—¡Chist! —Su madre agita el bastón con gesto desdeñoso—. Vete tú si quieres, pero yo no me muevo de aquí.

Miranda le lanza una mirada a su hermana pequeña, Rosemary, y pone cara de hastío. Uf, qué difícil podía ser su madre a veces. «Follonera hasta la médula»: esas habían sido las memorables palabras con las que su exmarido la había descrito una vez.

—Por lo menos tápate la nariz con la mascarilla, mamá —ordena Rosemary.

Pero la mujer no les hace caso a ninguna de las dos y continúa avanzando con la misma determinación que una tortuga.

Llegan al final del andén y las tres se detienen con la mirada clavada en la enorme boca negra del túnel.

—«Limpiamos regularmente nuestra red de transporte con desinfectante antivírico» —farfulla la anciana mientras lee en voz alta un cartel pegado a la pared del túnel—. Menuda novedad. Durante la guerra lo hacían todas las noches.

—¿Viniste aquí durante la guerra? —pregunta Miranda, cuya ansia de café con leche se desvanece enseguida.

—Vivíamos ahí abajo. —Su madre sonríe, con la cara algo torcida desde que sufrió el derrame—. Vuestra tía Marie incluso recibió clases de claqué aquí.

Miranda aprieta los labios, preocupada.

—Te estás confundiendo, mamá. La gente solo durmió aquí abajo durante el Blitz.

—¡Puede que ya peine canas, pero todavía no he perdido la chaveta! —le espeta la anciana con la voz afilada como una daga.

Quiere a sus hijas con toda su alma, pero desearía que dejaran de tratarla así, de angustiarse tanto por ella, de observarla en todo momento en busca de indicios de senilidad.

Cierra los ojos. Los pensamientos intrusivos le desfilan por la mente como una banda de música. «Calor. Sangre. Humo.»

Unos recuerdos que había enterrado, que suponía convertidos en óxido, han resurgido lo bastante nítidos y resbaladizos como para filtrarse entre las grietas. Se tambalea, su bastón retumba con fuerza sobre el andén. Unos cuantos viajeros levantan la vista alarmados y luego regresan a sus teléfonos móviles como borregos.

—Siéntate, mamá. —Rosemary se abalanza hacia ella, la acompaña hasta un banco situado bajo el cartel de la parada de Bethnal Green—. Hay que llevarte a casa.

—¡No! —replica—. No hasta que encontremos la biblioteca.

Se percata de la mirada que intercambian sus hijas por encima de las mascarillas.

—Mamá —dice Rosemary despacio y señalando hacia arriba—, la biblioteca está a nivel de calle; estamos en el metro, ¿no te acuerdas?

—Siendo precisos, ahora mismo ni siquiera es una biblioteca —apunta Miranda—. Es un centro de pruebas de covid-19. Me he fijado al bajar.

Un tren de la línea Central atraviesa la estación como una exhalación de aire caliente. La mujer tiene el cerebro cansado, las ideas lentas y confusas. ¿Cómo que es un centro de pruebas y no una biblioteca? Ya no entiende este mundo.

—¿Señora Rodinski?

Dos hombres vestidos con la cazadora reflectante de la TFL, la entidad que gestiona el transporte de Londres, y la cara protegida por un plástico brillante, se acercan a ellas.

—Sí, soy yo.

—Soy Peter Mayhew, el jefe de prensa, y él es Grant Marshall, director de la estación. Gracias por ponerse en contacto con nosotros.

—Gracias a usted, joven, por acceder a devolverme mis pertenencias. Son muy valiosas para mí.

—Ya me imagino —dice el jefe de prensa, que empieza a detectar un buen enfoque publicitario.

—¿Qué edad tiene, señora Rodinski? —pregunta el director de estación—. Si no es demasiada indiscreción.

—No, para nada. Tengo ochenta y ocho años. Pasé la mayor parte de mi adolescencia en este túnel.

—Caray, se conserva muy bien —contesta el hombre entre risas.

—Soy una mujer, no un trozo de vía, hijo. Bueno, ¿tiene mis cartas?

—Mamá, ¿de qué va todo esto? —pregunta Rosemary, pero su madre no le presta atención, pues el jefe de prensa ha levantado un fajo de cartas y se las está entregando en una bolsa de plástico sellada.

—Las encontramos durante la última reforma, detrás de los azulejos del túnel; estaban metidas dentro de un libro, en una especie de hueco rectangular.

Ella asiente.

—Era la parte trasera de la biblioteca.

Las manos le tiemblan ligeramente mientras abre la bolsa, saca las cartas atadas con una cinta de color crema y se las acerca a la nariz.

—Aún huelen a la biblioteca.

—Sería maravilloso que accediera a que la BBC la entrevistase sobre la devolución de sus cartas de la época de la guerra.

—Por supuesto, pero, si no le importa, primero me gustaría hablar un momento a solas con mis hijas.

—Claro, pase a verme antes de que se marchen.

Se alejan y la anciana se vuelve hacia Rosemary y Miranda, que la miran desconcertadas.

—Por esto hemos venido —dice al mismo tiempo que levanta el haz de cartas—. Creía que las había perdido para siempre.

El olor es evocador, el tufo a papel viejo y mohoso le ha abierto los senderos de la mente y los recuerdos se le agolpan en la cabeza. Oye el estruendo de las risas de los niños corriendo por los túneles; el suave crujir de las páginas cuando alguien las pasa. Paf. Un puño metálico que sella un volumen de la biblioteca; el chirrido de un carrito de libros. Percibe el olor del jabón carbólico, el equivalente al desinfectante de manos del siglo pasado. Son los olores de su historia personal.

Pero, en el fondo, en un lugar aún más profundo que esos túneles, se ocultan los «otros» recuerdos. Un pensamiento la martillea una y otra vez: ¿y si este virus la atrapa? A veces tiene la sensación de que ni siquiera es cuestión de «y si», sino de «cuándo». Si muere sin contarles la verdad a sus hijas, su historia terminará con ella y eso sería una traición mucho más devastadora que los secretos que ha guardado, ¿no? ¿Cómo era aquello que le dijo Clara?

«Mueres dos veces: una cuando tu corazón deja de latir y otra cuando tu nombre se pronuncia por última vez.»

Ha llegado el momento de sacudirles el polvo a sus secretos de la guerra.

—He sido una cobarde al no deciros toda la verdad —reconoce en voz baja tras bajarse la mascarilla—. Voy a contároslo todo. Empezaré por la biblioteca.

1

3 de marzo de 1944

Clara

«Siempre he pensado que los bibliotecarios deben intentar fomentar la lectura, no criticarla. Lo que interesa es proporcionarle a la gente una buena experiencia. ¿Quién eres tú para juzgar cuál debe ser esa experiencia?»

ALISON WHEELER,
miembro de la Orden del Imperio británico,
exdirectora general de las Bibliotecas de Suffolk,
activista bibliotecaria y miembro del consejo de administración
del Chartered Institute of Library and Information Professionals

—¿ESTÁ PERMITIDO LLORAR en la biblioteca?

—¡Por todos los santos! ¿De dónde has salido? —Clara parpadeó para intentar detener las lágrimas—. ¡Creía que había cerrado la puerta con llave!

No era muy decoroso que sorprendieran a una bibliotecaria lloriqueando, con los ojos rojos y moqueando junto al carrito de las devoluciones.

Clara se asomó por encima del mostrador. Una carita diminuta la espiaba desde detrás de un flequillo largo.

—Perdona, cielo, ¿empezamos de nuevo? Me llamo Clara Button, soy la bibliotecaria municipal.

—Hola. Yo me llamo Marie.

La niña sopló hacia arriba y, cuando el flequillo se le abrió, dejó al descubierto unos ojos castaños y curiosos.

—¿Quieres un caramelo, Marie?

—¿Están permitidos?

—Tengo un alijo secreto de caramelos de limón. —Le guiñó un ojo—. Para los casos de emergencia.

La pequeña abrió los ojos como platos.

—Lo sabía, son tus favoritos.

Marie estiró la mano a toda velocidad para coger el caramelo y se lo metió en la boca.

—¿Cómo lo sabe?

—Sé cuáles son los favoritos de todo el mundo.

—Apuesto a que no sabe cuál es mi libro favorito.

—¡Seguro que sí! A ver..., ¿cuántos años tienes?

La niña acercó ocho dedos a la cara de Clara.

—¡Ocho años, qué edad tan estupenda!

La bibliotecaria se dirigió a la sección infantil y recorrió las estanterías moviendo los dedos como si fuera una araña. Marie sonrió, el juego le había hecho gracia.

Detuvo un dedo ante *Azabache* —demasiado triste—, luego continuó hasta *Cenicienta* —demasiado rosa— y terminó posándolo muy despacio delante de *El viento en los sauces*.

—¿He acertado?

—¿Cómo lo ha sabido?

Marie paseó una mirada hambrienta por la cuidadosamente abastecida biblioteca de Clara.

—Esto es como la cueva de Aladino.

La mujer sintió una punzada de orgullo. Había tardado casi cuatro años en surtir así de bien su biblioteca tras el bombardeo.

—¿Puedo cogerlo prestado? Tuve que marcharme sin mi ejemplar.

—¿Te evacuaron?

Marie asintió.

—Dejamos a mi padre en Jersey.

—Lo siento mucho. Imagino que lo echas de menos.

La niña asintió y se cubrió los dedos con una manga repleta de mocos.

—Mi hermana dice que no debo hablar de ello. ¿Puedo hacerme socia, entonces?

—Claro que podemos inscribirte —respondió Clara—. Si le pides a tu madre que venga a verme para rellenar la solicitud. Solo necesito ver su cartilla del refugio y anotar su número de litera.

—No puede venir, mi hermana dice que está muy ocupada con el trabajo bélico.

—Ah, claro. Bueno, a lo mejor tu hermana sí que puede pasarse por aquí cinco minutos.

—¿Por qué lloraba? —balbució Marie mientras se pasaba el caramelo de limón al otro lado de la boca; la mejilla se le hinchó como la de un hámster.

—Porque estaba triste.

—¿Por qué?

—Porque echo de menos a alguien especial... Bueno, a tres personas, en realidad.

—Yo también. Echo de menos a mi padre... ¿Sabe guardar secretos? —Los ojos brillantes como el rocío se le abrieron aún más. Tal vez fuera el caramelo lo que le había soltado la lengua, o quizá la promesa de *El viento en los sauces*, pero Clara sintió que aquella niñita necesitaba una confidente con urgencia.

—Te doy mi palabra —prometió, y se llevó la mano al corazón—. A los bibliotecarios se nos da muy bien guardar secretos.

—Mi m...

—¡Marie Rose Kolsky! —interrumpió una vocecita aguda desde la puerta—. ¿Qué te crees que estás haciendo aquí dentro? —Clara examinó en cuestión de segundos a la chica que había en el umbral y reparó en el rostro pálido y serio—. Lo siento mucho, señorita, mi hermana no debería estar aquí molestandola. Habíamos quedado junto a nuestra litera.

—He venido a la sesión del cuento de buenas noches —protestó Marie.

—No seas tan tonta Marie, están suspendidas.

—No, qué va —interrumpió Clara, que sintió la necesidad de defender a la pequeña—. Tu hermana tiene razón. Todas las tardes a las seis celebramos una sesión de cuento de buenas noches en la biblioteca, aunque hoy he tenido que cancelarla por un acto. Volved mañana, por favor.

—Quizá. Vámonos, Marie.

Agarró a su hermana pequeña del brazo y tiró de ella hacia la puerta.

A la bibliotecaria aún le llegó su voz airada.

—*N'en souffl'ye un mot.*

Clara no hablaba francés, pero le resultó obvio que Marie se estaba llevando un buen rapapolvo.

—Vuelve, te reservaré ese libro.

Pero ya se habían marchado y sus pasos resonaban por el andén de los trenes que viajaban en dirección oeste.

Clara se acercó a la puerta y se quedó mirándolas, intrigada, mientras pasaban por delante del teatro del refugio. Marie, con los calcetines desparejados y unas zapatillas de goma, daba brinco porque la llevaban medio a rastras. Su hermana mayor era una adolescente impenetrable y reservada. No se parecía en nada a la mayoría de las jóvenes que dormían todas las noches en el refugio de la estación de metro de Bethnal Green en medio de una algarabía tremenda. Las Minsky Agombar y las Pat Spicer de este mundo eran todo arrogancia y fanfarronería. Por las noches, cuando cerraba la biblioteca para irse a casa, las veía arremolinadas en torno a las literas de metal, maquinando o perforándose las orejas las unas a las otras con las agujas de coser de alguna de sus madres. Pero ella no. Aun así, en su pequeña biblioteca subterránea veía de todo. Las hermanas desaparecieron del campo de visión de Clara y se adentraron en la penumbra acre del metro.

Arriba, en la cafetería, Dot y Alice preparaban el *sabbat* friendo pescado para los residentes judíos del refugio, y el olor

descendía y se entreveraba con el del jabón carbólico. Ahí abajo, en los túneles, el hedor era tan denso que podía cortarse.

Con un suspiro profundo, Clara se dio cuenta de que ahora tenía aún menos tiempo para recomponerse y maquillarse antes de la insoportable pantomima que la esperaba.

Posó la mirada en el ejemplar abierto de la edición vespertina del *Daily Express* que descansaba sobre el mostrador de la biblioteca.

«EL BLITZ PROVOCA EL AUGE DEL LIBRO», proclamaba el titular de portada, encima de una horrible foto de Clara con la leyenda: «Belleza bibliotecaria se entierra en algo más que libros».

¿Belleza bibliotecaria?

Pero el artículo no se había detenido ahí.

Clara Button, una joven viuda y sin hijos, aporta su granito de arena al esfuerzo bélico dirigiendo la única biblioteca del Reino Unido construida en un refugio subterráneo, en concreto sobre las vías de la estación de Bethnal Green que llevan hacia el oeste. Cuando bombardearon la Biblioteca Central de Bethnal Green durante la primera semana del Blitz, acontecimiento que acarreó la trágica muerte del bibliotecario municipal Peter Hinton, la bibliotecaria de la sección infantil, la señora Button, se vio catapultada hacia el cargo superior. En ausencia de colegas masculinos, tuvo la valentía de suplir el puesto y organizó el traslado de 4000 volúmenes al túnel subterráneo, donde supervisó la construcción de una biblioteca temporal que funciona casi veinticuatro metros por debajo del suelo.

Puede que nuestros bárbaros enemigos estén empeñados en quemar Londres hasta los cimientos, pero, bajo la superficie de la ciudad, la señora Button sigue sellando libros tranquilamente y asegurándose de que todo el mundo disponga de una buena lectura con la que distraerse de las bombas.

Había sido la parte de «viuda sin hijos» la que la había hecho llorar. Era cierto, innegable, pero ¿quién necesitaba que su condición se anunciara con tanta contundencia a todo el país?

Clara volvió a pensar en Duncan y el dolor la rebanó por dentro, se le clavó como un cuchillo candente en el corazón. Con eso bastaba. Con una imagen de su rostro en la puerta de casa cuando se marchó a combatir, las botas relucientes tras un lustrado exhaustivo, entusiasmado como un crío en una feria de verano. Las preguntas se le enredaban en la cabeza como malas hierbas.

«¿En qué pensó Duncan en los momentos anteriores a su muerte? Y yo, ¿debería haber dejado el trabajo en la biblioteca? ¿Cuánto tiempo más persistirán las mentiras?»

—¡No! —se reprendió mientras se apretaba los ojos con los nudillos—. No vamos a hacer esto ahora. Y menos hoy.

Una buena llantina al día y nunca en la biblioteca. Esas eran sus reglas y ya había roto una. Además, ni que en Bethnal Green hubiera alguien que no cargara con una pena tan inmensa como el peso de Atlas. La gente necesitaba ver a una bibliotecaria alegre y feliz, no eso.

Clara oyó un ruido junto a la puerta que la obligó a salir del remolino de sus pensamientos.

—Me cago en la leche, será marzo, pero ahí fuera hace un frío de mil demonios...

Una bandeja enorme de sándwiches y rollitos de salchicha cayó con estruendo sobre el mostrador.

—Jamón deshuesado, mantequilla de verdad... Qué suerte. Dot, la de la cafetería, me ha hecho un buen precio... Le he prometido que podrá sacar el doble de libros la semana que viene con su carné. Un momento, ¡ni siquiera estás preparada! El fotógrafo del *Picture Post* está aparcando.

Tendió una mano delgada para coger el ejemplar del *Daily Express* que Clara acababa de leer.

—Estupendo, ¿no? Aunque no te han sacado del lado bueno, ¿eh? Tienes una pinta horrible en esa foto —comentó

con una sinceridad aniquiladora—. Será mejor que te adecen-temos para que quedes mejor en las siguientes.

—¡Gracias, Rubes! —exclamó Clara riendo.

Ruby Munroe era su mejor amiga desde primaria y, desde hacía un tiempo, también su auxiliar de biblioteca. «No estoy cualificada, a diferencia de nuestra Clara —le decía ella a todo el que preguntaba y también al que no—. Yo soy más burra que un arado.» Pero no lo era. Tenía más agallas y astucia que la mayoría de los hombres que Clara había conocido en su vida. Ruby vivía la vida con soltura, revestida de formica y con más descaro que el habitante medio de Bethnal Green. En su mundo, nada era imposible, no existía ningún trato que no pudiera arreglarse o negociarse.

Era cierto que Clara seleccionaba los libros, supervisaba la catalogación y la clasificación temática de Browne, respondía a las consultas más complejas y hacía búsquedas bibliográficas. Pero la que poseía la inteligencia social necesaria para poder conectar con el vasto espectro de vida que pasaba por la biblioteca era Ruby.

—Ay, cielo, has estado llorando. —Ruby se desató el pañuelo que le cubría el altísimo recogido y esbozó un mohín—. ¿Pensando en él?

Clara asintió.

—¿En Duncan o en Peter?

—En ambos, la verdad. Es por lo del premio, me ha hecho pensar en lo mucho que les habría gustado esta velada.

Ruby negó con la cabeza.

—Esta es tu noche, Clara Button. Vamos a tomarnos un trago rápido, y sí, ya sé que está prohibido fumar en la biblioteca, pero puedes hacer una excepción por esta noche. Venga, mientras te pones esto... —Rebuscó en su bolsa con asas y sacó un vestido del todo inapropiado, del mismo rojo que los camiones de bomberos—, voy a preparar un reconstituyente rapidito.

Clara sintió que la bilis se le revolvía en el estómago.

—No creo que pueda hacerlo.

—¡Nada que dos aspirinas y una ginebra no solucionen, Cla! —Ruby sonrió mientras se encendía un Sobranie negro y vertía en dos tarros de mermelada un generoso chorro de líquido transparente desde una redoma—. Tienes a medio East End con lo de «Leer por la victoria». Solo quieren darte las gracias.

»Los malos tiempos son buenos para los libros —continuó, y luego apuró su copa de un trago y se estremeció—. Puñetas, esto pega un poco. Eres una pieza fundamental de la maquinaria de guerra, así que, ¡disfruta de tu momento, chica!

—Pero, Rubes, ¿no crees que este premio, el hecho de que me lo entreguen justo esta noche, huele un poco a chamusquina?

—Claro. —Ruby se encogió de hombros—. Se llama enterrar las malas noticias. Acentuar lo positivo del refugio para ocultar su pasado. Todo el mundo ve el truco.

—Pero ¿no te molesta? —insistió Clara—. Después de todo lo que tu madre y tú habéis pasado... Por no hablar de la mitad de los habitantes de este refugio. Aquí abajo no hay una sola persona a la que aquella noche no le afectara.

Ruby esbozó una sonrisa tensa para volver a aplicarse el pintalabios rojo.

—Ya pasó. Y ¿qué habitante de por aquí no ha perdido a alguien? Venga, pachona, cámbiate de una vez.

—Había pensado quedarme así —respondió Clara, que bajó la mirada hacia su atuendo habitual compuesto por una blusa metida por dentro de los pantalones.

—Mañana vas a salir en la portada de todos los periódicos, no vas a tener esa pinta de bibliotecaria solterona.

—No me falta mucho para serlo —dijo su amiga con una carcajada.

Ruby enarcó una ceja perfilada a lápiz.

—Venga, Clara, solo tienes veinticinco años.

—Muy bien, pero esto queda descartado.

Clara hizo una mueca al coger el vestido rojo.

—Lo hablamos mientras te subo la cremallera.

Ruby le guiñó un ojo y se colocó el cigarrillo entre los dientes.

MEDIA HORA MÁS tarde, embutida en el vestido y subida a un par de vertiginosos tacones que le había prestado su mejor amiga, Clara pensó que nunca había visto su pequeña biblioteca tan concurrida: había funcionarios del Ministerio de Información que se mezclaban con la prensa y con los usuarios habituales de la biblioteca. Como el túnel subterráneo tenía el techo abovedado, la acústica hacía que tuviera la sensación de que el ruido iba *in crescendo* en su cabeza. Esa noche, ahí al lado, en el teatro del refugio, actuaba un cantante de ópera ruso y, mientras calentaba para su interpretación vespertina, su voz sonora reverberaba como un convoy del metro en el túnel de la línea Central.

La señora Chumbley, la oficiosa subdirectora del refugio, hacía cuanto estaba en su mano por contener a la avalancha de niños curiosos que clamaban por entrar en la biblioteca y birlar uno de los panecillos de salchicha.

Clara atisbó a Maggie May y a su mejor amiga, Molly, además de a Sparrow, Ronnie, Tubby y el resto de las Ratas del Metro, tal como se autodenominaban, intentando colarse a gatas.

La bibliotecaria les guiñó un ojo. Preferiría con mucho estar sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y sin zapatos, leyendo en voz alta con los niños que ahí amarrada como una especie de poni de competición. Iban por la mitad de *La familia de la calle Sin Salida*, de Eve Garnett, y, tras un par de capítulos, las travesuras de la familia Ruggles ya les resultaban irresistibles.

¡Fuera! —bramó la señora Chumbley cuando vio al grupo, y agarró a Sparrow por el cogote.

Clara notó una palmadita delicada en el hombro y, cuando se volvió, vio a uno de los usuarios habituales de la biblioteca,

el señor Pepper, un caballero anciano, y a su esposa. Hacía dos años que habían bombardeado su casa y a partir de entonces vivían en el metro de forma permanente.

—No le robaré mucho tiempo, querida —dijo—. Aquí dentro hay demasiado ruido para mi mujer, así que vamos a retirarnos a las literas, pero quería felicitarla por este merecidísimo premio. Esta biblioteca es lo mejor que le ha pasado al refugio.

Sonrió y mostró con orgullo una red de arrugas alrededor de los ojos.

—Gracias, señor Pepper. Usted es uno de mis lectores más prolíficos. —Miró a su esposa—. No mucha gente puede presumir de haberse leído *Guerra y paz* en dos semanas.

—En casa se leía hasta la última letra de toda nuestra colección, hasta que nos bombardearon —dijo la anciana con una vocecita tan frágil que Clara tuvo que acercarse para oír lo que decía. Olía a perfume de lavanda Yardley y tenía una piel que parecía muy suave—. Perder todos esos libros le supuso un golpe tremendo, pero encontrar su pequeña biblioteca para los tiempos de guerra ha sido un bálsamo, querida.

El señor Pepper miró a su esposa con adoración.

—Por desgracia, la vista me impide leer tanto como de joven, pero debo reconocer que para mí ha sido un lujo y una vía de escape estos últimos años. No puedo expresar todo lo que ha hecho por mí, señora Button.

—Venga, señor Pepper —le dijo en tono burlón—, me conoce desde hace ya tres años, llámeme Clara, por favor.

—Siempre ha insistido mucho en las formalidades, le viene de haber sido director de escuela durante tantos años —dijo la señora Pepper con una sonrisa—. No conseguirá cambiarlo a estas alturas, querida. Antes de marcharnos, debo decirle que tengo una prima en Pinner que iba a ceder unos cuantos libros a la campaña de salvamento, pero la hemos convencido de que es mejor que nos los dé a nosotros y así podremos donarlos a la biblioteca.

—¡Oh, qué maravilla!

—Es una lectora empedernida, le gustan sobre todo las novelas de suspense y misterio. Ha acumulado una buena colección de Agatha Christie, Dorothy L. Sayers y Margery Allingham. ¿Los quiere?

—¿Que si los quiero? Las novelas de suspense son, junto con las de romance histórico, las que más prestamos; vuelan de las estanterías.

—Y yo que creía que la gente ya tenía suficiente violencia con la del mundo real —comentó el señor Pepper.

—Es la intriga, el suspense del quién habrá sido. Es el antídoto perfecto para esta guerra —reflexionó Clara.

—¡Extrañísimo!

La figura de la señora Chumbley se cernió sobre ellos. Incluso con tacones, Clara tuvo que estirar el cuello para mirarla. Pobre señora Chumbley. Nunca había estado casada. Solo la llamaban «señora» por cortesía. Siempre tenía grabada en la cara la misma expresión: reprobación.

—Usted es más de leer las novelas románticas publicadas por Mills and Boon, ¿no? —preguntó el señor Pepper sonriendo.

—No sea ridículo.

—Entonces, ¿qué le gusta leer, señora Chumbley? —preguntó la señora Pepper con educación.

—¿Leer? —repitió con desdén—. ¿Y de dónde saco yo tiempo para leer? Que este refugio continúe funcionando sin sobresaltos requiere todo mi tiempo. Tubby Amos, ¡suelta ese libro ahora mismo!

—No me importa que co... —empezó Clara.

—¡Sé en qué litera duermes y hablaré con tu madre! ¿Por dónde iba? Ah, sí, me dedicaré a la lectura cuando hayamos eliminado el hitlerismo de este mundo.

—Venga, señora Chumbley, leer no es una actividad auto-complaciente —señaló el señor Pepper—. Seguro que la señora Button puede recomendarle algo perfecto para usted. Parece tener una especie de don para unir a cada persona con su libro perfecto.

La señora Chumbley se ablandó al mirar al señor Pepper. Los ocupantes del refugio subterráneo tenían en muy alta estima al anciano caballero y ni siquiera la señora C era inmune a su gallardo encanto.

—Quizá —resopló con arrogancia—. Pero solo si fuera educativo. Hace poco leí un libro técnico, *Heridas y fracturas de guerra: La guía definitiva*. ¡Era magnífico!

—Suena fascinante —dijo Ruby con frialdad cuando se acercó a ellos agarrada del brazo no de uno, sino de dos hombres—. Oye, Clara, cariño, siento interrumpir, pero aquí hay unas personas a las que tienes que conocer. Él es el ministro John Hilton, director de propaganda nacional en el Ministerio de Información, y lleva media hora intentando hablar contigo.

Se volvió hacia el más bajo de los dos hombres. Encaramada a aquellos tacones, Clara se encontró en la desafortunada posición de sacarle cinco centímetros de altura.

—Y él es el señor Pink-Smythe.

—Pinkerton-Smythe —la corrigió él, y después sacó un pañuelo y se lo pasó por la cabeza para secársela, un gesto que tuvo el inoportuno efecto de ponerle de punta los últimos mechones de pelo que le quedaban, como si fueran una antena.

—Es el presidente de la Comisión de Bibliotecas, lo cual lo convierte en nuestro nuevo jefe —dijo Ruby.

—Encantada de conocerle —dijo Clara—. Estoy deseando trabajar con usted. —Luego se volvió hacia el hombre del Ministerio mientras pensaba que ojalá no hubiera dejado que Ruby la convenciera de ponerse ese vestido—. Y bienvenido a nuestra biblioteca subterránea, ministro.

—O sea que usted es la bibliotecaria de la que todo el mundo habla. —El hombre sonrió y le estrechó la mano con entusiasmo—. Este lugar es todo un hallazgo. Jamás se me habría ocurrido pensar que llegaría un día en el que bajaría al metro y me encontraría libros en lugar de trenes. ¿A qué profundidad estamos? ¿A dieciocho, a veinte metros bajo tierra?

—A casi veinticuatro, el único lugar de Bethnal Green en el que no se oyen las bombas —respondió Clara en tono orgulloso.

—Y, perdone mi ignorancia, ¿qué ha sido de los trenes?

—Bethnal Green era una parada aún sin terminar de la línea Central, situada entre Mile End y la estación de Liverpool Street —explicó la bibliotecaria—. Cuando estalló la guerra, se interrumpieron las obras, se cerró y se la dejaron a las ratas hasta que empezaron los bombardeos.

—¿Y cómo se abrió para este... —Abrió los brazos en un ademán de asombro— pueblo subterráneo? Si no le resulta una expresión demasiado tonta.

—En absoluto. Los que vivimos y trabajamos aquí abajo, en este otro Londres, solemos considerarnos habitantes de una aldea secreta. —A Clara le brillaron los ojos al mirar a su alrededor—. Todos estamos muy orgullosos de nuestra comunidad subterránea. No hay muchas estaciones de metro que puedan presumir de tener literas triples para cinco mil personas, una biblioteca, un teatro, representaciones teatrales y clases de baile...

—Con un piano de cola, además —interrumpió Ruby.

—Exacto. Por no hablar de una guardería, una cafetería, un puesto de primeros auxilios con enfermeras y un consultorio médico, todo bajo tierra —continuó Clara.

—Tenemos hasta nuestra propia peluquera del metro.

Ruby guiñó un ojo al mismo tiempo que se atusaba la parte trasera del recogido con ondas.

—¿Oye al cantante de ópera que calienta la voz aquí al lado? Va a ofrecer una actuación esta noche. Los de la sala Sadler's Wells traerán un *ballet* la próxima semana.

—Cielo santo. Cultura, libros y una comunidad integrada. Puede que yo también tenga que mudarme aquí abajo si esto es lo que ofrece la vida bajo la superficie.

Clara sintió que se relajaba. Si había un tema del que le encantara hablar, era de la vida en el refugio y de su gente. Eran una comunidad, aunque extraña, que vivía a lo largo de la línea Central, pero que no iba a ninguna parte. Clara consideraba que,

gracias a eso, disponía de un mercado cautivo. Su pequeña biblioteca se encontraba firmemente anclada en el centro de ese barrio subterráneo, el equivalente cultural al corazón del pueblo.

—Es increíble lo que tenemos debajo de los pies sin ni siquiera saberlo —musitó el ministro—. ¿Cómo empezó todo esto?

—Fue la gente la que consiguió que se abriera la estación —respondió Clara, entusiasmada—. Todos tenían su orgullo, los refugios callejeros no eran dignos ni para un perro. Fue el padre de la pequeña Phoebe quien —y en ese momento imitó el gesto de unas comillas con los dedos— «adquirió» las llaves durante la primera semana del Blitz, y luego llegaron las familias, por millares, en busca de seguridad.

Ruby se echó a reír.

—El viejo Harry es un jugador impenitente, sería capaz de apostar hasta en una carrera de moscas que trepan por una pared, pero no estaba dispuesto a arriesgar la vida de su familia.

—Dudo que el ministro quiera saber de las actividades ilegales de los elementos subversivos de Bethnal Green —intervino el señor Pinkerton-Smythe de inmediato.

—Al contrario —respondió el interpelado—. Me resulta muy interesante. Sé que en Whitehall existía el miedo a la «mentalidad de refugio profundo», a que la gente bajara y nunca volviese a subir a la superficie, pero está claro que este no es el caso.

—Qué más quisiéramos —dijo Ruby en tono burlón—. Durante el día, la gente tiene que ir al trabajo. Somos obreros, no topos.

El ministro estalló en carcajadas, a todas luces embelesado con Ruby.

—¿Tienen lámparas de luz ultravioleta —continuó el hombre— para contrarrestar la falta de luz solar?

—No, señor —respondió Clara—. Supongo que nos hemos acostumbrado a trabajar bajo tierra. Sufrimos de catarro, eso sí; los olores de los túneles pueden ser un tanto... A ver cómo lo digo... Terrosos.